



IVÁN ESBRÍ ANDRÉS
Associació d'Estudis Fallers

JESÚS PERIS LLORCA
Universitat de València - Associació d'Estudis Fallers

LAS FALLAS EN EL CONTEXTO DE LAS FIESTAS VALENCIANAS DEL FUEGO

RESUMEN

En este artículo, tras hacer algunas consideraciones sobre la función identitaria de las fiestas tradicionales en la modernidad, se traza una panorámica de la evolución de la fiesta de las fallas de la ciudad de Valencia, desde sus inciertos orígenes a su conversión en fiesta urbana moderna y posteriormente en fiesta de masas para consumo turístico. En la segunda parte, se hace un recorrido a las celebraciones actuales de fuegos de Sant Antoni, particularmente en las comarcas del norte de la Comunitat Valenciana, entendidos como fuegos rurales que, por lo tanto, estarían relacionados con uno de los elementos originales de los que proceden las fallas actuales. El objetivo final del texto es situar las fallas en el contexto de otras fiestas del fuego y dar a conocer las peculiaridades de las fiestas de Sant Antoni en tierras valencianas.

PALABRAS CLAVE: cultura popular, fallas de Valencia, santantonadas, fiestas del fuego, tradición y modernidad.

ABSTRACT

In this article, after making some considerations on the identity function of traditional festivals in modernity, an overview is given of the evolution of the Fallas festival in the city of Valencia, from its uncertain origins to its conversion into a modern urban festival and later into a mass festival for tourist consumption. In the second part, a tour is made of the current celebrations of Sant Antoni bonfires, particularly in the northern regions of the Comunitat Valenciana, understood as rural bonfires which, therefore, would be related to one of the original elements from which the current Fallas festival originate. The final aim of the text is to situate the fallas in the context of other fire festivals and to make known the peculiarities of the festivities of Sant Antoni in Valencia.

KEYWORDS: popular culture, fallas festival in Valencia, santantonadas, fire festivals, tradition and modernity.

I. LAS FALLAS DE VALENCIA: DE CELEBRACIÓN DE LAS CLASES POPULARES A FIESTA MAYOR DE LA CIUDAD Y ATRACCIÓN TURÍSTICA DE MASAS.

Para que exista una de esas comunidades imaginarias de las que hablaba Benedict Anderson (1993) son necesarias prácticas sociales y rituales compartidas. De hecho, la función principal de estas prácticas es en la Modernidad precisamente escenificar la existencia de esa comunidad, ponerla en acto, hacerla existir escénicamente haciendo posible la autopercepción ocupando un espacio común.

Las fiestas populares son un elemento central de esta ritualidad identitaria. Por una parte se perciben de manera retrospectiva como tradición, y son definidas como una prueba de la existencia misma de esa comunidad transhistórica. La identidad folk se define como viniendo de muy atrás y se proyecta hacia el futuro. Las fiestas son leídas como una supervivencia presente de un pasado mítico e idealizado, de una supuesta comunidad armónica original. Participar en la fiesta supone religar imaginariamente con esa comunidad original perdida, escenificarla, volverla acto. Y ello en términos comunitarios, pero también individuales y familiares. Participar en la fiesta permite religar al sujeto con su propia infancia, con su propia educación sentimental y la memoria familiar. Al mismo tiempo puede sentirse parte de una multitud que comparte esos sentimientos, o parece compartírselos, y reconoce esa comunidad y esa participación como un elemento central de la propia identidad. Participar en la fiesta vincula, por un lado, con todas las demás personas que la están celebrando de manera contemporánea. Pero también, por otro, la fiesta vincula imaginariamente con todas las personas que la celebraron en el pasado. El gozoso participante en un ritual festivo se sumerge en una multitud inmensa de iguales (o al menos así entendida y percibida) formada por todas las personas que celebran la fiesta, que la celebraron en el pasado y que la celebrarán en el futuro, en una serie virtualmente infinita. La comunidad identitaria supone, así, para cada uno de los individuos una doble transcendencia imaginaria: horizontal e histórica, colectiva e intergeneracional.

La fiesta tradicional, así, no es en realidad una pervivencia del pasado, sino una construcción moderna: nace en el mismo momento que trazaba retrospectivamente su proyección hacia el pasado. Y es, por supuesto, un elemento de importancia central en la construcción de las identidades nacionales. La fiesta popular puede entenderse como la escenificación de la comunidad nacional. Por ello, a lo largo del siglo XIX, pero especialmente en el siglo XX, las clases dirigentes se irán vinculando mediante el patronazgo, el mecenazgo o incluso la participación directa (aunque en espacios diferenciados) en unas celebraciones que hasta en-

tonces habían tratado de reprimir, o de eliminar por completo al considerarlas poco menos que rezagos de barbarie o en el mejor de los casos habían contemplado con distanciamiento, como algo pintoresco, pero de una insuperable alteridad social.

La ciudad de Valencia y el País Valenciano en general ofrecen al estudioso y al visitante buenos ejemplos de estos procesos. El más evidente sin duda está constituido por las fallas de Valencia que, como muestra el estudio de Ariño (1992), resultan ejemplares en este sentido. La quema de hogueras en la víspera de San José, es una costumbre de orígenes imprecisos, pero que, muy probablemente surge de la unión de varias prácticas populares antiguas: por un lado, los fuegos rituales en el comienzo de la primavera, al cual pertenecen también los carnavales que incluyen el fuego en su ciclo ritual, como los de Villar del Arzobispo, o también otras fiestas primaverales, como la quema de la sardina en Murcia; por otro, los muñecos expiatorios de media cuaresma, cuya existencia en la ciudad de Valencia consta y que de hecho se superponen bastante en el calendario o, incluso, los “autos de fe”, y las diversas escenificaciones populares de la purificación mediante el fuego que pueden encontrarse todavía en la quema ritual de imágenes durante las manifestaciones (Ariño, 1990: 71-79). En el caso de la ciudad de Valencia durante mucho tiempo, y hasta bien entrado el siglo XX, coexistirán las fallas con figuras y contenidos satíricos y las hogueras de maderas y trastos viejos equivalentes por ejemplo a las hogueras de Sant Joan tal como se celebran hoy en día.

Lo que todas estas prácticas tenían en común era tener como sujeto a las clases populares. Las clases dirigentes las veían con crecientes recelo y temor, especialmente a medida que se intensificaba la explicitud del componente satírico, que en no pocas ocasiones se deslizaba hacia la política. No es casual que la referencia más antigua que se conserva a la fiesta de las fallas sea un oficio al Corregidor de 1784 que solicita su prohibición (Ariño, 1990: 72). Tampoco lo es que, a lo largo del siglo XIX, a medida que las clases populares se van constituyendo en sujeto político, esta relación del poder municipal y las élites sociales con la fiesta se vaya haciendo más y más conflictiva, hasta culminar en 1886. Ese año la fiesta dejó de celebrarse debido al incremento de los impuestos que los vecindarios debían pagar al Ayuntamiento para conseguir el permiso necesaria para ocupar la vía pública y posteriormente encender el fuego. Aunque consiguieran plantar, los episodios de censura, de retirada de *ninots* de las fallas por parte de la policía, de particulares ofendidos o de partidarios de políticos aludidos, que podían llegar incluso a la destrucción completa de la falla, eran frecuentes (Ariño, 1993).

Puede recordarse para ilustrar el estado de la fiesta a finales del siglo XIX la representación que propone Vicente Blasco Ibáñez en *Arroz y tartana* (1894): “Nadie pensaba que aquello era madera y cartón. El entusiasmo les hacía feroces; creían que era el mismo gobierno lo que quemaban al son de la *Marsellesa*, y los industriales soñaban despiertos en la rebaja de la contribución; los de las blusas blancas en la supresión de los Consumos y el impuesto sobre

el vino, y las mujeres, enternecidas y casi llorosas, en que acabarían para siempre las quintas. [...] En la multitud, alguno de los ardorosos, trastornado por la ilusión y por el himno, creyendo que la cosa ya estaba en casa, gritaba a todo pulmón: ‘¡Viva la República!’” (Blasco Ibáñez, 1919: 140-141). Obviamente, el escritor y político republicano percibía en la ferocidad de los diferentes sectores sociales que participaban en la fiesta su base social.

A finales del siglo XIX, es decir, justo en el momento en que más cerca se está de la desaparición de la fiesta fallera empezará a cambiar su percepción. Algunas voces de sectores intelectuales vinculados a la *Renaixença*, es decir, a la recuperación (a la construcción) de una identidad valenciana en clave regionalista, y de los orígenes mismos del valencianismo comenzarán a llamar la atención sobre el carácter tradicional, y “típico”, es decir identitario, de la fiesta de las fallas y de las prácticas sociales vinculadas a ellas. En este sentido se pueden entender por ejemplo las reflexiones de Luis Tramoyeres Blasco (1894: 113) en el conservador *Almanaque Las Provincias*, que se refiere a ellas como una “costumbre antigua, tradicional”, y se preocupa de recoger un listado de publicaciones falleras, o el establecimiento en 1895 de un premio a la mejor falla por parte de la institución cultural Lo Rat Penat, que en ese momento fundacional estaba formada por intelectuales regionalistas cercanos a la oligarquía. Es un hecho significativo que esos premios fueron asumidos por el Ayuntamiento de la ciudad en 1901, que continúa otorgándolos, a través de la Junta Central Fallera, en la actualidad.

A lo largo del siglo XX, la fiesta de las fallas iría pasando rápidamente de expresar identidad de clase, a convertirse en un identificador de la ciudad y ello irá implicando cambios en su morfología y en el ciclo ritual (Ariño, 1992): por un lado, la aparición de fallas en todos los barrios de la ciudad, incluyendo los de clase alta y la creciente institucionalización de la fiesta, tanto en su base, con la creciente estabilización de las comisiones falleras en asociaciones permanentes y no en grupos constituidos anualmente para la celebración, como en la aparición de organismos de coordinación de esas asociaciones, como el Comité Central Fallero (1928) o de figuras simbólicas, como la Reina Fallera, a partir de 1931 (y desde el año siguiente Fallera Mayor). Por otro, los constructores de fallas irán especializándose y convirtiéndose en “artistas falleros” que crecientemente irán pudiendo ganarse la vida con el oficio. Además, va a configurarse todo un complejo espacio cultural, con la publicación de revistas sobre la fiesta, como *Pensat i fet*, a partir de 1912, o el estreno del pasodoble “El Fallero”, obra del compositor José Serrano en 1929, destinado a convertirse en un auténtico himno del colectivo hasta hoy, por poner sólo dos ejemplos significativos.

Y es también en el arranque del siglo XX cuando empieza percibirse las posibilidades de la fiesta como atractivo turístico. “Anant el temps -puede leerse en la revista *Pensat i Fet* en una fecha tan temprana como 1912- fomentá y encausá la falla com art de sátira ingeniosa y de fi bon humor, podria tindre una importancia molt buscá hui: la de atraure al turisme”

(Senent, 1912: p. 13). Este proceso desembocará en la organización de eventos ambiciosos de promoción de la fiesta, como la recepción masiva de los turistas del llamado Tren Fallero, que llegó de Madrid (1927). Antoni Royo i Ample (1928: p. 13), organizador del evento, definía así el sentido de la iniciativa: “De pronte, pasen per la meua imaginació totes les festes nostres, i al trobar que les falles eren lo més típic, lo únic, lo inimitable, com la paella, que la voréu anunciada en tots els menús del mon, pero que sols la menjaréu en Valencia, pensí: Ya tinc propaganda de Valencia per a complaure a quins la demanen: fentse grans les festes falleres, el telégrafo, la fotografia i la prensa tota anunciaran Valencia i farán que es parle d’ella”.

En estos años crece y se consolida el ciclo ritual de la semana fallera. En 1934 nace la Exposición del ninot y el indulto de una figura por votación popular. Andando el tiempo la colección resultante de *ninots* permitirá la fundación del Museo Fallero, que puede visitarse hoy. Además, en general, los años de la Segunda República significarán, como en otros aspectos de la cultura y la sociedad españolas, la repolitización de las fiestas, pero también el interés hacia ella de importantes artistas procedentes de la alta cultura, como Josep Renau. También se iniciará la conversión de las fallas en espectáculo de masas moderno (Ariño, 1992), que continuaría en el franquismo, pasada la más dura Postguerra, aunque en un sentido muy diferente.

Tras la Guerra Civil, el régimen franquista refundará por completo la fiesta, aunque algunos de los procesos señalados continuarán (Hernández i Martí, 1996). Aunque las fallas conseguirán transitar en el límite de lo decible, amparadas en la tradición carnavalesca, e incluso burlar la censura y señalar problemas sociales como el estraperlo o el hambre de las clases populares, lo que se trata de impulsar desde el gobierno municipal es una sátira suave, despolitizada o, en su defecto, nítidamente conservadora. Las fallas apologéticas y “artísticas” irán haciéndose más frecuentes.

No deja de ser sintomático que el mundo de las fallas recuperara su actividad inmediatamente después del fin de la guerra y la victoria franquista. Menos de un año después de la entrada de las tropas del General Aranda en la ciudad las fallas volvieron a celebrarse, en marzo de 1940. En realidad, esta actividad no sólo fue tolerada por el nuevo régimen sino, incluso, alentada, aunque bajo su férrea tutela. Sin duda esta red de asociaciones festivas, crecientemente interclasista y vinculada a la identidad colectiva encajaba perfectamente en el nuevo estado fascista.

El proceso de institucionalización, ya iniciado en la década de los 20 y acelerado en los años republicanos, se retomará aunque de acuerdo con el nuevo modelo social e ideológico: las comisiones falleras se van convirtiendo en asociaciones rígidas, con presidentes autoritarios que reproducen a escala no sólo la estructura del estado en su interior sino también, por así

decirlo, su estilo: algunos actos, como la *crida*, que da inicio a la fiesta, se convierten en escenificaciones de aire fascistas de masas clasificadas tras estandartes a los pies de la apoteosis del poder; los desfiles falleros se ordenan hasta desfilar en formación, y se llenan de elementos de resonancias castrenses o falangistas, como el vestido folk de fallera para las mujeres, y el uniforme negro con distintivos de colores para marcar la comisión fallera y el cargo para los hombres, obligatorios desde los años 50; la Fallera Mayor va ganando protagonismo, siendo elegida entre las jóvenes de la alta burguesía afecta al régimen, o incluso directamente hijas de los vencedores, como Carmen Franco, hija del dictador, en 1940, María Luisa Aranda, hija del general Aranda en 1941, o Carmen Martínez-Bordiu, Fallera Mayor Infantil en 1960; el Comité Central Fallero es sustituido por la ya mencionada Junta Central Fallera, que pone en la cima de las asociaciones populares al poder municipal y las somete a su autoridad, tutela y control; se crea el acto de la Ofrenda de flores a la Virgen de los Desamparados para intensificar la débil religiosidad externa anterior vinculada a la fiesta de las fallas.

Así, con el franquismo, las fallas completan el proceso de conversión en la fiesta mayor de la ciudad. Se extienden a todos los barrios y se convierten en elemento identitario central, pero devienen también una tupida red de asociaciones, de configuración piramidal, tremendamente jerárquica, ostensiblemente paternalista e incorporando los valores explícitos e implícitos del fascismo español en su ritualidad. Las prácticas populares se verán en muchos casos constreñidas, redefinidas, desplazadas, atravesadas por la acción del poder autoritario estatal, aunque seguían existiendo de puertas adentro de las pequeñas comunidades y, ocasionalmente, reaparecían aquí y allá también en el espacio público.

Por otra parte, la consideración de las fallas como recurso turístico se iba también a retomar e intensificar, integrada a partir de los años 50 en la política general de promoción de España como destino turístico. La declaración de las fallas como Fiestas de Interés Turístico Nacional en 1965, o la concepción de la falla oficial de las elitistas comisiones del Parador So Quelo y la Falla del Foc como referente monumental para los visitantes, van claramente en esta dirección. Así en la plaza actual del Ayuntamiento, entonces llamada del Caudillo, se plantará en 1954 una falla diseñada por Salvador Dalí, u otras representando reproducciones de iconos muy reconocibles por los visitantes, como la Torre Eiffel en 1966, el Coloso de Rodas en 1971 o La Estatua de la Libertad en 1973.

La fiesta sigue extendiéndose por toda la geografía urbana y llegando a los nuevos barrios populares en que la ciudad se había ido extendiendo en todas direcciones. Así, en 1975, año de la muerte de Franco, existían 269 comisiones falleras en la Ciudad de Valencia.

En la llamada Transición democrática las fallas fueron una eficaz fuerza de choque contra las aspiraciones progresistas y rupturistas de una parte de la población. Ya anteriormente

habían dado muestras de este potencial, activándose en determinadas ocasiones, como por ejemplo en la quema en efígie del intelectual Joan Fuster en 1963 por la publicación de *El País Valenciano* (Hernández i Martí, 1996). Pero, ahora, frente a la emergencia de proyectos políticos nacionalistas o de izquierdas, particularmente del nuevo valencianismo de inspiración fusteriana, todo el aparato populista extenderá en el cuerpo social las efectivas consignas del llamado “blaverismo”: un agresivo regionalismo ultraconservador y españolista que estigmatizará como “catalanista” cualquier desvío mínimo de la rígida ortodoxia identitaria en buena medida forjada durante el franquismo. Las comisiones falleras controladas por el poder municipal serán una excelente correa de transmisión, un muy efectivo vehículo de diseminación de consignas en el cuerpo social. Me he ocupado en otro lugar de este proceso y de la participación en él de las comisiones falleras (Peris Llorca, 2014).

Las fallas en estos años se tensarán, expulsarán de su seno a buena parte de los discrepantes, e, incluso, de su interior nacerá el partido político Unión Valenciana, expresión populista de las clases populares más conservadoras y que se llegaría a convertir en árbitro de la política local en estos años (Flor, 2011). Las fallas se cerrarán en este periodo de manera creciente sobre sí mismas, radicalizadas, crispadas, acentuando una vez más su función como elemento identitario, pero intervenido desde el poder de manera instrumental. La fiesta de las clases populares del siglo XIX se había convertido en la fiesta populista de las masas postfranquistas allá por los años 80 del siglo XX.

Desde entonces hasta la actualidad las fallas han seguido su crecimiento. En la actualidad se plantan sólo en la ciudad de Valencia 385 fallas. Hay que señalar que, como ha sucedido en general en la sociedad valenciana, esta utilización populista de la fiesta de las fallas fue cediendo paulatinamente y hoy, como muestra el estudio sociológico encargado por el Ayuntamiento de Valencia en 2017 (Investgroup, 2017), las fallas son tan diversas ideológicamente como la sociedad valenciana.

Su importancia como reclamo turístico ha continuado creciendo. Al filo del cambio de siglo la vía elegida para su promoción era la exacerbación del gigantismo. En el año 2009 se plantó una falla con un presupuesto de un millón de euros, algo no superado con posterioridad. Ese modelo, de hecho, entró en crisis a partir de 2008. Baste señalar que la comisión fallera que la plantó, vinculada a empresas constructoras, dejó de existir pocos años después.

Después de esa fecha, la estrategia cambió, con el impulso de la Candidatura a Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, algo que la UNESCO reconocería en 2016. Se enfatizan ahora los valores culturales y sociales, es decir, patrimoniales de la celebración, aunque el turismo de masas que se sigue buscando precisamente los pone en riesgo.

En cualquier caso, la fiesta de las fallas sigue siendo no sólo un elemento identitario fundamental para los valencianos y las valencianas sino un espacio de socialización fundamental. Como ha demostrado Costa (2003), las asociaciones falleras constituyen auténticas comunidades, espacios de sociabilidad popular y verdaderas redes de solidaridad e inclusión. Superada en buena medida la utilización política de la que fueron objeto, las fallas se enfrentan en el futuro a retos fundamentales que pasan básicamente por solucionar o aminorar los problemas actuales que la aquejan: la masificación y turistificación como riesgo que puede alejarla de aquello que la convierte en más valiosa socialmente y el uso de materiales contaminantes en la construcción de las fallas debido sobre todo a la incorporación del polietileno expandido a partir de los años 80.

Por ello es interesante poner también nuestra atención en otras fiestas valencianas que tienen también el fuego como elemento central, que tienen en parte un origen común, que desempeñan en las comunidades en que se celebran una función similar pero que han conocido una evolución muy diferente. Nos referimos a las hogueras de Sant Antoni o Santantonadas.

2. LAS FIESTAS DE SAN ANTONIO: UN INFIERNO ESCÉNICO

Dice el refrán valenciano que *Dels porrats de gener, / Sant Antoni és el primer*. Y es que trilogía Navidad-Año Nuevo-Reyes aparte, la rueda festiva tiene inicio oficial en el País Valenciano con los fastos de Santo Antonio cada 17 de enero. En efecto, así como las fallas corresponden a los fuegos de primavera, las fiestas de San Antonio son la festividad más importante en tierras valencianas de los fuegos de invierno. Se trata de fiestas sin duda menos conocidas, pero de gran interés, porque se trata de celebraciones actuales que nos remiten a los fuegos rurales originales, de los que, como hemos visto, proceden también las fallas.

Alrededor de 320 localidades valencianas celebran los fuegos de San Antón, cifra a la cual se deben sumar cerca de 1.100 iglesias y parroquias bajo su advocación. En la provincia de València, la *Festa de Sant Antoni del Porquet* está vinculada, como no podría ser de otra forma, al mundo del agro, con especial significación en las comarcas de l'Horta y los Serranos. Hay que destacar además la población de Canals, en la Costera, donde alzan la mayor hoguera del mundo -como gusta decir a los paisanos- en honor a San Antonio, por serle atribuido el milagro que salvó a la localidad del terremoto acontecido en 1748.

Por otra parte, Alacant es la provincia con menor número de festejos contabilizados. Sin embargo existen también rituales y festividades de gran interés. Por ejemplo, la localidad de Biar mantiene en su tradición la figura del *Rei Pàixaro*, un trasunto satírico del monarca Jaime I que recorre las calles del pueblo la víspera de la fiesta con su séquito de *paixers*, cohetes, música y antorchas.



Hoguera de San Antonio, Canals, 2017.

Foto Iván Esbrí.

La provincia de Castelló es donde mayor concentración de fiestas entorno a la figura del Santo se catalogan. Aquí el rito se conoce como *Santantonades* y *Matxà* y aquí se documenta el inicio del culto con la fundación de la primera cofradía valenciana de San Antonio Abad en Castellfort, en tiempos de Jaime I, en el siglo XIII, por tanto. Cofradía primera esta a la cual sucederían las de Morella, Vilafranca, Forcall, la Mata, Olocau del Rei, Xèrica, Castellnovo, Vilafermosa, Montan, Llucena, Onda, la Vall d'Uixó, Tales, Benassal, Vinaròs, Cervera del Maestre, Sant Jordi y Benicarló.

Son de hecho las comarcas comprendidas en el interior norte, en las lindes con Aragón y Cataluña, como els Ports, l'Alcalatén y l'Alt y Baix Maestrat donde el festejo antoniano cobra una especial significación y fuerza, con cierto halo mágico, además, pues se enraíza en rituales de origen pagano traspasados al cristianismo. La propia devoción por el fuego, para empezar, al cual hay que sumar la presencia de personajes pintorescos y mitológicos reconvertidos en los demonios que tentaron al Santo Antonio Abad. Conscientes de su propio

atractivo, los municipios más importantes de la fiesta castellonense de San Antonio están mancomunados en un ente coordinador y establecen un calendario a largo del mes de enero y parte de febrero -enlazando con el Carnaval- para tratar en la medida de lo posible de no solaparse.

En la pequeña localidad de Forcall, en els Ports, el fuego de San Antonio es su *festa grossa* (fiesta mayor). Su principal elemento diferencial es la presencia de *les botargues*, personajes demoníacos que dan color e identidad al festejo. La noche de celebración de San Antonio las botargas campan por las calles de la población con total impunidad con su particular ulular entre lloro o risa, que se convierte en una forma de comunicación que solamente ellas entienden. Pueden hacer y hacerte de todo, es así de lícito. Son osadas incluso allanando la propiedad privada, entrando en las casas por la puerta para hurtar cocas, rollos de anís y moscatel, y salir, literalmente, por ventanas y balcones, cual ladronas que son. Su anárquico paseo por las calles va presidido por *els cremallers*, portadores del fuego que encenderá la barraca (hoguera); y entre los personajes de esta procesión libertina, está quien encarna al Santo Antonio, preso y condenado a arder en la pira. Como vemos se trata de una manifestación secular y ritual de auténtico teatro de calle.



Botargas, Forcall, 2018.

Foto Iván Esbrí.



Botargas, Forcall, 2018.

Foto Iván Esbrí.

Ya alrededor de la barraca, coreografían un *correfocs* con cohetes y tracas mientras los *cremallers* proceden a encender la hoguera. Con el fuego tomando ya partes de la gran pira, las botargas meten a San Antonio preso dentro de un habitáculo pero, arrepentidas, lo sacan y perdonan. Antes de que el fuego tome fuerza, una por una cruzan por debajo para limpiar su mácula y, luego, invitan al público a recibir ese mismo bautismo de fuego que impregna la ropa de ese característico humo de pino y monte bajo, ese olor a *Santantonà*.



*Interior de la barraca de San Antonio,
Forcall, 2018.*

Foto Iván Esbrí.

En Vilanova de l'Alcolea, en la Plana Alta, la Fiesta de San Antonio Abad recibe el nombre de *Matxà* y en ella son protagonistas los caballos montados por mayores. Y no hay barraca: la aliaga, sabina, pino y monte bajo se dispone en cordón por las principales arterias y callejones de la población y van prendiéndose fuego a medida que la caballería avanza saltando el fuego. Esta es la llamada *Matxà*, seguida por el público general corriendo en lo que se conoce como *Tropell*. Escénicamente es una fiesta impresionante. El cuadro plástico del fuego desatado a lo largo y ancho de las calles es lo más próximo que el ser humano puede experimentar de estar en el infierno.



Matxà de Sant Antoni, Vilanova d'Alcolea, 2017.

Foto Iván Esbrí.



Matxà de Sant Antoni, Vilanova d'Alcolea, 2017.

Foto Iván Esbrí.

Vilafranca, en l'Alt Maestrat, es otra de las principales capitales del festejo antoniano en las tierras castellonenses. Se divide en tres actos principales: el primero, el *Dia dels Troncs*, con la salida de los mayores para cortar los pinos que conforman la estructura principal de la barraca; el segundo es la misma *Plantà* de la barraca.



Matxà de Sant Antoni, Vilanova d'Alcolea, 2017.

Foto Iván Esbrí.

El tercer y último acto es el de mayor interés desde el punto de vista etnográfico, pero también teatral: la *Entrà de la Malea*. Los mayores guían ponis y burritos que portan enebro, sabina y ginebra para acabar la barraca. A la entrada de Vilafranca por la Plaza de Don Blasco se representa el *Alto a la Malea*, una recreación teatral en la cual un guarda forestal acusa a los mayores y voluntarios de robar la leña. Estos aportan como defensa que aquella ha sido recogida para honrar al Santo. Este pequeño y breve recital, conocido como *Publicata*, tiene una gran carga satírica y mordaz donde, literalmente, se dicen de todo y dan a todos sin pelos en la lengua, poniendo en solfa temas relacionados con el pueblo y sus gentes.

Una vez cedido el paso, se procede a la descarga de las ramas y a vestir la barraca que por la noche se enciende y durante la madrugada arde, para amanecer reducida a brasa sobre las cuales se asan carnes y verduras para almorzar.

No se puede dejar de mencionar tampoco los fuegos de San Antón también en Morella, con *correfocs*; los de Cinctorres, donde son dos las barracas que arden al unísono cual puertas del infierno; o los de Benicarló, donde se interpretan *les lloes*, una composición única, y la hoguera es coronada por un demonio hecho con cartón y trapos.



Barraca y correfocs de Sant Antoni, Morella, 2018.

Foto Iván Esbrí.

Sirvan pues estos ejemplos de invitación a conocer las tierras del norte del País Valenciano y acudir a *les Santantonades* para verlas, sentir las, vivirlas y dejarse llevar, porque ahí radica su naturaleza como manifestación festiva popular, y también como una suerte de poderoso teatro de calle ancestral. Sin duda disfrutarlas y conocerlas ayuda también a entender el origen y contexto del que surge la fiesta de las fallas hasta convertirse en una fiesta urbana y, como hemos visto, crecientemente masiva. Visitar las comarcas del norte del País Valenciano es un auténtico viaje a los orígenes.



Barracas de San Antonio, Cinctorres, 2016.

Foto Iván Esbrí.

OBRAS CITADAS

- ARIÑO, Antonio *et alii*. *Historia de las Fallas*. Valencia: Biblioteca de Levante-EMV, 1990.
- ARIÑO, Antonio. *La ciudad ritual. La fiesta de las fallas*. Barcelona: Anthropos, 1992.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente. *Arroz y tartana*. Valencia: Prometeo, 1919.
- BOUCHE PERIS, Henry. *La Santantonà i el foc a Forcall*. Castelló: Diputació de Castelló, 2012.
- COSTA, Xavier. "Sociabilidad y esfera pública en la fiesta de las fallas de Valencia". Valencia: Biblioteca Valenciana, 2010.
- FLOR, Vicent. *Noves glòries a Espanya. Anticatalanisme i identitat valenciana*. Catarroja: Afers, 2011.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, Gil Manuel. *Falles i franquisme a València*. Valencia: Afers. 1996.
- Investgroup. *Informe. Enquesta sobre la percepció social del col·lectiu faller davant la festa de les Falles com a Patrimoni Inmmaterial de la Humanitat*. València: Ayuntamiento, 2017.
- <https://valenciaplaza.com/public/Attachment/2017/8/documento_I_054691.pdf> (Consultado: 01/05/2023)
- LÓPEZ MONFORT, Albert. "Patrimoni. Laboratori d'Investigació del Patrimoni a les Àrees Rurals". *Memòria Viva* 5, (2013).
- MARTÍ MORA, Enric y Juan, Fermín. *La Santantonà de Forcall*. Aula de Cultura Tradicional Valenciana, Valencia: Universitat Politècnica de València, 2004.
- MONFERRER, Álvaro. *Sant Antoni, sant valencià*. València: Consell Valencià de Cultura, 1993.
- PERIS LLORCA, Jesús. "Populismo y literatura popular. La función de las fallas en la extensión del blaverismo", *Pasajes*, 46, (2014): 42-61,
- ROYO Y AMPLE, Antoni. "El primer 'Tren fallero'", *Pensat i fet*, 22. (1928):13.
- SEGURA FERRER, Juan Manuel. *La Santantonada de Forcall. Festa medieval del foc*. Benicarló: Onada Edicions, 2012.
- SEMENT, J.J. "Mirant a Valencia", *Pensat i Fet*, 1, (1912):13.
- TRAMOYERES BLASCO, Luis. "Costumbres populares", *Almanaque las provincias para 1895*. (1894): 113.
- VV.AA. *La Festa de Sant Antoni de Vilanova d'Alcolea*. Castelló: Diputació, 2014.